

monacal, en la que se contraponen la búsqueda de Dios a la secularidad. Desde ahí es inevitable la devaluación eclesial de los laicos. Lo propio de la mentalidad ignaciana es el compromiso en la transformación de las realidades temporales. Para Ignacio, la acción del Espíritu no lleva a recortar la iniciativa humana, sino a promoverla, haciendo del cristiano un testigo de Dios, cocreador y corredentor en un mundo bueno pero imperfecto y en pecado<sup>11</sup>. El secularismo no equivale a la valoración y estima de las realidades temporales, sino a la identificación con las estructuras de pecado y con lo que contribuye a apartar del plan de Dios. Por eso, la espiritualidad ignaciana es secular, activa y comprometida, como bien formula el conocido eslogan «contemplativo en la acción».

Desde la perspectiva ignaciana, lo propio del cristianismo es ordenar la historia para gloria de Dios y salvación del hombre, no el renunciar a la sociedad. La creación de Dios pasa por la mediación humana, elevada a colaboradora con el plan de Dios, tanto en el orden salvífico como creacional, desde la cual es posible revalorizar las actividades profanas y generar un humanismo cristiano. Hay que desarrollar una espiritualidad que sintetice la experiencia mística, es decir, la vivencia de Dios, con el compromiso político, es decir, la aportación a la ciudad de los hombres. Esto marca el estilo de vida ignaciano, siempre referido a la vida en la doble dimensión de ser portavoz de las inquietudes humanas ante Dios y de hacer presente a Dios entre los hombres<sup>12</sup>.

Ambas líneas constituyen hoy simultáneamente directrices laicales e ignacianas, forman parte de su «realismo» y de su cristianismo «encarnatorio», y deben actualizarse en la dinámica de las CVX. Estas están llamadas también a ser germen de una nueva forma de entender y desarrollar la Compañía de Jesús, de su progresiva apertura a los laicos, y de la búsqueda de nuevas formas de articulación entre clérigos y seglares dentro de la identidad y misión ignaciana. La vinculación entre la Compañía de Jesús y las CVX, desde la fidelidad y la búsqueda de una identidad ignaciana renovada, no debe ser la de la mera subordinación de las segundas respecto de la primera sino la de la interacción y complementación mutua. De esa nueva síntesis, a la que deben contribuir específicamente las CVX, depende en gran parte el futuro de la herencia ignaciana y su capacidad de incidir creativamente en el desarrollo de la misma Iglesia.

<sup>11</sup> Esta es una de las dimensiones fundamentales de la espiritualidad laical. Cf., J. A. ESTRADA, *La espiritualidad de los laicos*, Madrid 1997<sup>2</sup>, 258-92.

<sup>12</sup> La articulación de la oración dentro de la espiritualidad ignaciana la he desarrollado en J. A. ESTRADA, *Oración: liberación y compromiso de fe*, Santander 1986.

## EL EVANGELIO DEL ESPÍRITU SANTO

A. RODRÍGUEZ CARMONA

Desde siempre se presenta a Lucas como el evangelista del Espíritu Santo, pues son muchas las veces que lo nombra en su obra. Ya en el siglo XVIII, J. A. Bengel y J. D. Michaelis desarrollaron este aspecto característico del tercer evangelio, pero ha sido en el presente siglo XX cuando se ha profundizado en la obra de Lucas y se han puesto de relieve una serie de problemas que determinan los diversos aspectos de la teología lucana. Esto ha permitido ver la doctrina lucana sobre el Espíritu en todo su contexto histórico y teológico.

### 1. Los estudios lucanos en el siglo XX

Dos pasos importantes se han dado en este siglo respecto a la obra de Lucas: la afirmación de la unidad del tercer evangelio y *Hechos de los apóstoles* y el estudio histórico-redaccional de ambas obras.

La afirmación de la unidad de Lc y Hch ha sido un paso muy significativo por las consecuencias que ha tenido. La unidad se basa en el hecho de que tienen el mismo estilo, el mismo argumento y la misma teología. Son dos partes de una misma obra, en la que se presenta el camino profético salvador que recorrió Jesús (evangelio) y ahora recorre la Iglesia (*Hechos*). Desde un punto de vista cuantitativo, el conjunto Lc-Hch forma un bloque de 37.778 palabras, el bloque más grande del Nuevo Testamento, superior al de las cartas de Pablo, que sólo tiene 32.303 palabras. Lc-Hch representa el primer gran proyecto literario-teológico de la Iglesia primitiva por autocomprenderse dentro de la Historia de la Salvación, que comenzó con Israel y sigue ahora en la Iglesia.

Las consecuencias de este hecho son varias y ricas. En primer lugar, la conciencia de la unidad ha llevado a investigar y estudiar conjuntamente ambas obras. Años atrás, en seminarios y facultades de teología se explicaban y estudiaban ambas obras por separado, el evangelio de Lucas junto con los evangelios sinópticos y *Hechos*, normalmente como introducción a las cartas de Pablo. Hoy día este planteamiento se considera incorrecto y se estudia *Hechos* junto con Lc.

Pero donde más frutos ha dado la afirmación de la unidad ha sido en el campo de la investigación científica, que se ha planteado las características literarias y teológicas de Lc-Hch y la problemática histórica que determinó su aparición. Siendo Lc-Hch una unidad literaria y doctrinal, se trataba de descubrir su argumento teológico y la problemática a la que este argumento quería responder. Ya por los años 20 aparecieron los primeros estudios en esta línea, por ejemplo, la obra de H. von Baer, *El Espíritu Santo en los escritos de Lucas*, publicada en 1926, el primero que se plantea con método histórico-crítico el tema del Espíritu en Lucas; pero fue en la segunda parte de este siglo, a partir de las obras de Vielhauer y Conzelmann, cuando los estudios lucanos han tenido un protagonismo especial dentro de la investigación bíblica. Todo ello posibilita un mejor conocimiento del marco histórico de Lc-Hch y de sus características literario-teológicas.

## 2. Marco histórico en que se escribe Lc-Hch.

Lc-Hch se escribió en los años 80 y está dirigido a cristianos de origen paulino, griegos, residentes con bastante probabilidad en la región de Éfeso. Precisamente en las comunidades cristianas del mundo griego interesaba mucho todo lo referente al mundo de la inspiración, de lo extático y profético, debido al ambiente espiritual de origen pagano en que vivían. Esto explica el que sean los escritos del NT relacionados con las iglesias griegas los que prestan mayor atención al tema del Espíritu Santo: las cartas de Pablo en la primera generación cristiana (30-70), Lc-Hch y los escritos joánicos en la segunda (70-100). Es también en Éfeso donde escribe Pablo la 1 Corintios, el escrito que presta una atención especial a las *cosas espirituales*, y donde al final de la segunda generación aparecen los escritos joánicos. En esta época la fe en el Espíritu aparece atestiguada en las demás iglesias cristianas, todavía sin elaboraciones dogmáticas, que vendrán más tarde, pero sin darle el relieve que se le da en las iglesias griegas.

En este contexto Lucas escribe para *confirmar* la enseñanza recibida por sus destinatarios cristianos (Lc 1, 4), saliendo al paso de una serie de *problemas concretos*. Para ello, nos dice en su prólogo, se ha informado diligentemente en la tradición anterior a él. De entre toda la problemática que viven los destinatarios, tienen especial importancia en función del tema del Espíritu los problemas de la evolución en la Iglesia y el de la monotonía. Son problemas que nunca pierden actualidad, como hemos podido observar últimamente con las posturas contrarias al Vaticano II.

Estamos en los años 80. Las iglesias han evolucionado tanto en la comprensión de la fe como en su organización. En el primer campo se va profundizando en el pensamiento de Jesús y se van viendo con más claridad aspectos que en los

primeros momentos no estaban tan claros. Basta una lectura de las cartas de Pablo para confirmar esto. Se puede apreciar una evolución homogénea del pensamiento paulino entre la primera de todas sus cartas, 1 Tes, escrita el año 51, y Rom, escrita el 58/59. Durante la vida de los apóstoles, cuando surgían problemas nuevos se acudía a los grandes apóstoles fundadores, los doce y a Pablo; pero ahora, durante la segunda generación, ya han muerto. Además, para complicar el problema, van apareciendo corrientes más o menos heterodoxas. ¿Es legítima la evolución doctrinal? Y si lo es ¿quién garantiza que los pasos dados van en la línea de Jesús y no en una línea falsa? ¿Cómo distinguir la verdadera evolución de la heterodoxa? Igual sucede en el campo de la organización. Las primeras comunidades eran poco numerosas y marchaban con una organización simple, pero con el paso del tiempo van creciendo y se ven necesitadas de una organización más compleja. Hch 6, 1ss alude a un conflicto en la Iglesia de Jerusalén a propósito de la atención a las viudas; 1 Cor 11 recuerda la problemática que surge a propósito de la comida que acompañaba a la celebración de la Eucaristía: cuando la comunidad la integran pocos, una buena ama de casa podía preparar la comida para todos, pero cuando se multiplica, se acuerda que cada uno lleve su comida, lo que dio lugar a los abusos que corrige Pablo. Con el paso del tiempo se suprimió la comida. Igualmente la dirección de la comunidad en los comienzos es sencilla, pero poco a poco se va viendo la necesidad de establecer estructuras más complejas. Estamos en un ambiente parecido al que suponen las cartas pastorales de Pablo, dos de las cuales (1 y 2 Tim) precisamente están dirigidas a los cristianos de Éfeso para *acreditar* la legitimidad de los sucesores de Pablo en esa Iglesia.

Junto a esto está el problema de la monotonía. La segunda generación cristiana tuvo que descubrir que la Iglesia tenía que realizar una tarea a lo largo del tiempo. Jesús no sabía el día ni la hora del final (Mc 13, 32) ni tampoco lo sabían formalmente los primeros cristianos, pero por influjo de las ideas de la época esperaban que el retorno del Señor sería más bien pronto. Es el paso del tiempo –¡ya estamos en los años 80!– el que va imponiendo la convicción de que la parusía no es inminente, y esto en un contexto de monotonía y cansancio. Pero la monotonía del cada día es dura, con problemas internos dentro de la comunidad y resistencias y persecución fuera de ella. La comunidad necesitaba descubrir que existe una historia de la salvación y que dentro de ella cada generación tiene su tarea concreta.

## 3. La respuesta de Lc-Hch.

Respecto al problema de la evolución, la respuesta de Lc-Hch es positiva: es válida y legítima la evolución tanto en el campo doctrinal como en el organizativo; el Espíritu Santo y los doce son los garantes de la verdadera evolución dentro

de la continuidad que hay entre Jesús y la Iglesia. En este contexto desarrolla de una manera especial los temas del Espíritu Santo y del apostolado, en el marco de una construcción genial en la que presenta toda la Historia de la Salvación como un largo *camino profético y salvador*, con varias etapas, la de preparación en el AT, la del cumplimiento por medio del ministerio terreno de Jesús, y la actual en que continúa el cumplimiento de Jesús resucitado por medio de su Iglesia. Todo culminará en la parusía de Jesús. En este camino el Espíritu y los doce, cada uno en su rango, tienen un papel especial como animadores y garantes del camino hasta que llegue a la meta. Igualmente en este camino cada generación tiene su *hoy*, su tarea concreta como profetas al servicio de la salvación. Lo tuvieron los del AT, lo tuvo Jesús, ahora le toca a la generación de sus destinatarios. Así Lucas quiere *confirmar* la fe de sus lectores.

#### 4. Teología del camino profético y salvador. Etapas

Caminar es moverse hacia una meta. La Historia de la Salvación la integran una serie de personas que se mueven en su vida concreta hacia la salvación plena. Por ello el camino es *salvador*, pues ya desde que uno se integra en él va recibiendo la salvación –radical, dinámica y total– hasta llegar a la plenitud. Es también *profético*, porque en él Dios ofrece la salvación por medio de profetas, ungidos por el Espíritu. Se trata de un camino programado y dirigido por Dios Padre y recorrido por profetas, los del AT, Jesús de Nazaret y la Iglesia, pueblo de profetas.

De aquí las dos etapas básicas del camino: etapa de preparación o Antiguo Testamento y etapa del cumplimiento. Dios Padre es el protagonista de todo el camino, el que lo programa por medio de los profetas del AT y el que dirige su cumplimiento en el NT. Está presente en todo el recorrido, pero Lc-Hch subraya su presencia especialmente en los relatos de la infancia y de Juan Bautista y en alusiones a lo largo de toda la obra.

La etapa del cumplimiento está a cargo de Jesús, el gran profeta de la salvación. Dos fases o modos distingue Lucas en su obra, el terreno y el glorioso. *El ministerio terreno de Jesús*, narrado en el evangelio, fue el comienzo del cumplimiento de las promesas por medio de su actuación como profeta escatológico. Lucas describe su obra en tres etapas:

1) Comienza su camino en Galilea, donde proclama, con palabras y obras, el *hoy* del cumplimiento de las promesas de salvación, como profeta que ha de pasar por el rechazo. Desde el primer momento elige a los doce apóstoles como piezas básicas de su obra.

2) Desde Galilea se pone en camino hacia Jerusalén, en un caminar frecuentemente recordado y que ya es comienzo de su exaltación (Lc 9, 51-19, 28).

3) En Jerusalén se consuma su camino por medio de la muerte, que le lleva a la exaltación, asumido por Dios en su gloria y constituido Mesías y Señor<sup>1</sup>. El camino, pues, termina en «la derecha del Padre», una meta auténtica que le realiza plenamente, comenzando y personificando el Reino de Dios, la vida filial y fraternal en gloria que Dios quiere para sus hijos. Este final coronó una existencia profética, sacerdotal y regia<sup>2</sup>; por ello Lc describe la ascensión como un subir hacia el cielo, mientras da la bendición sacerdotal (Lc 24, 50s) y como unción profética, en que queda constituido como Palabra viviente que Dios dirige a los hombres (Hch 3, 22-26).

*El Señor glorioso* continúa ejerciendo como Mesías, Señor y Profeta durante *el tiempo de la Iglesia*, narrado en Hch, *por medio del Espíritu, que le hace presente*. La Iglesia tiene que recorrer una etapa propia del camino, en calidad de pueblo de profetas, ungido y animado por el Espíritu. Su etapa consiste en dar testimonio, es decir, proclamar con obras y palabras lo que han visto y experimentado: ya ha comenzado el cumplimiento de la promesa del Reino de Dios en y por Jesús resucitado, y que esta salvación se ofrece a todos los hombres, judíos y gentiles (Hch 1, 1-11). *La parusía* marcará la consumación final del camino salvador (Lc 21, 27s).

#### Características del camino.

Son ricas y variadas las características del camino: dirigido por el Padre –por ello recto e irreversible– animado por el Espíritu Santo y por los doce, camino actual, salvador, universal. En este contexto Lucas, el primer mariólogo del NT, presenta a María como modelo para recorrer el camino. Esta presentación se limita a algunos: el Espíritu, los doce y el carácter actual.

*Camino animado por el Espíritu*: Lc-Hch presenta al Espíritu como la promesa del Padre<sup>3</sup> y, por tanto, como un don prometido y enviado por el Padre, el protagonista del camino. Su tarea es doble: ungir y capacitar a los profetas, que han de recorrer el camino salvador, y dirigir y confirmar este camino.

Unge a los profetas, que han de recorrer el camino, convirtiéndolo en profético. Capacita a los profetas anteriores a Jesús: David (Hch 4, 25); Juan Bautista, prototipo del tiempo de la promesa, fue lleno del Espíritu y capacitado para actualizar el profetismo de Elías; María recibe el Espíritu, que la convierte en virgen-madre profetisa; Isabel, Zacarías y Simeón hablan inspirados por el Espíritu<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Lc 19, 29-24, 53; 24, 50-53; Hch 1, 1-11; 2, 36.

<sup>2</sup> Cf. Ps 110, 1.4.

<sup>3</sup> Lc 24, 49; Hch 1, 4; 2, 33.

<sup>4</sup> Lc 1, 15.17; 3, 2ss; 1, 35; 1, 67; 2, 25.26ss.

Entre todos los profetas destaca *Jesús de Nazaret*. Fue ungido por el Espíritu en el seno de María y en el bautismo<sup>5</sup>; oye la palabra de Dios y es enviado por el Espíritu: cumple así las condiciones para ser auténtico profeta. Más todavía, su tarea fue *hacerse profeta*, nace como profeta y en su resurrección lleva al culmen su ser profeta, al convertirse en palabra viviente de Dios: la palabra que el Padre dirige a los hombres es Jesús muerto y resucitado. Es así el profeta escatológico prometido. Hch 3, 22 apunta esta idea con un juego de palabras: citando Dt 18, 15.19, recuerda que Dios *suscitará* un profeta como Moisés, el profeta escatológico, y un poco más adelante afirma que Dios ya ha cumplido esta promesa al *suscitar* (=resucitar) a Jesús.

El profetismo de Jesús consistió en vivir y proclamar que Dios es Padre y que ya comienza su reino, el año de gracia en función de su obra<sup>6</sup>. Esto implica la oferta de amnistía, perdón y vida filial y fraternal, cuya ley es el amor y la misericordia<sup>7</sup>. Es una oferta dirigida a todos, especialmente a los pobres y que exige ser aceptada libremente, cosa que no todos harán. Por ello es un profetismo que conoce la dificultad y el rechazo<sup>8</sup>.

*La Iglesia*: Es un *pueblo de profetas* con la tarea de ser testigos del profetismo de Jesús. Por ello toda Iglesia necesita tener su Pentecostés, en que recibe la plenitud del Espíritu, se consuma su nacimiento y queda capacitada para dar testimonio en calidad de pueblo de profetas. Hch subraya cómo las diversas iglesias y personajes reciben el Espíritu: Jerusalén, Samaría, Saulo, la comunidad gentil de Cesarea, Éfeso<sup>9</sup>. Se trata de una presencia constante del Espíritu, que se debe renovar por la oración en los momentos difíciles, capacitando para realizar signos y dando audacia para continuar la proclamación<sup>10</sup>.

La Iglesia, como pueblo de profetas, tiene que servir la palabra, dando testimonio con su vida y palabra de que ya ha empezado y es posible la vida filial y fraternal. Hch ofrece diversos ejemplos de formas de profetizar: la primera es la glosolalía, con la que se da testimonio del primado de Dios Padre, proclamando las grandezas de Dios<sup>11</sup>; le siguen la proclamación de la muerte y resurrección de Jesús; finalmente tienen un valor especial una vida filial constante (perseverancia en la oración, fracción del plan) y fraternal (perseverancia en la comunión, fracción del pan), que tiene carácter de signo de la presencia del Reino<sup>12</sup>.

<sup>5</sup> Lc 1, 35; 3, 21s; 4, 18; Hch 10, 38; Lc 4, 1-13; Lc 4, 18.

<sup>6</sup> Lc 4, 19; 10, 22; 8, 1; 16, 16; 24, 46s; Hch 1, 3.

<sup>7</sup> Lc 4, 18; 7, 38-50; Lc 6, 27-49.

<sup>8</sup> Lc 4, 18; 7, 22; Hch 3, 22s; 7, 37; Lc 4, 24; 13, 13.

<sup>9</sup> Hch 2, 1ss; 8, 14-17; 9, 17; 10, 44ss; 19, 6.

<sup>10</sup> Hch 4, 31; cf. Hch 13, 52; Lc 11, 13; 12, 12.

<sup>11</sup> Hch 2, 1.11; 10, 46; 19, 6.

<sup>12</sup> Hch 2, 42-47; 4, 32-35.

Así realizaron su profetismo la comunidad, Pedro, Esteban, Bernabé, Agabo, Pablo, los presbíteros y los discípulos<sup>13</sup>. Puesto que este profetismo es obra especial del Espíritu, resistirlo es resistir al Espíritu (Hch 7, 51).

En este contexto se subraya la importancia de la *Palabra* en la Historia de la Salvación, ya que por medio de ella Dios crea profetas y actúa en la historia, nacen y crecen las iglesias<sup>14</sup>; es la que capacita a los responsables de las iglesias en su tarea de discernimiento, por lo que «deben ponerse en manos de la palabra», especialmente en los tiempos «en que ya no verán a Pablo»<sup>15</sup>, es decir, en la época postapostólica. Para Lc-Hch la palabra de Jesús ha sido dada a la Iglesia y se encuentra en la palabra apostólica. El Espíritu se sirve de ella como punto de referencia que ayuda a discernir por dónde continúa ahora el camino. El Espíritu, creador de profetas, es un don que se ofrece a todos, siempre que recorran el camino establecido: conversión, bautismo y el perdón de los pecados (Hch 2, 38).

Es interesante constatar que Lc-Hch, a diferencia de Pablo y Juan, que hablan tanto de la acción salvadora personal del Espíritu como de la profética, restringe la acción del Espíritu a la profecía. Se debe a su preocupación por la tarea profética de la comunidad cristiana, por lo que subraya la acción profética del Espíritu, silenciando la soteriológica en la justificación personal. De aquí los textos en que habla del bautismo sin hacer referencia al Espíritu, que es recibido por la posterior imposición de manos<sup>16</sup>.

*Es un don que garantiza los pasos* del camino de Jesús y de la Iglesia<sup>17</sup>, ayudando a los apóstoles y demás responsables en el gobierno de la comunidad<sup>18</sup>. Por ello el Espíritu es una garantía fundamental que asegura el nexo entre el camino de Jesús y el de la Iglesia, pues guía, ilumina, fortalece y dirige a los «vigilantes» (*episkopoi*), que él pone para dirigir la comunidad.

*Camino apostólico*: Junto al Espíritu, los doce apóstoles son los garantes de la continuidad entre el pasado y el presente. De aquí el relieve que tiene este grupo en Lc-Hch. Jesús elige al grupo de los doce desde el primer momento como testigos cualificados de su obra y les da el título de apóstoles, título reservado sólo a ellos<sup>19</sup>, pues en la visión de Lc-Hch son necesarias dos condiciones para ser apóstol: ser testigo de toda la vida de Jesús y testigos de la resurrección.

<sup>13</sup> Hch 2 4.17s; 21, 4.11); 2, 14ss; 3, 12 etc; 6, 3.5; 7, 55; 11, 24; 11, 28; 13, 9; 20, 28.

<sup>14</sup> Lc 3, 1-6; Hch 15, 35; 19, 20; 20, 32; Hch 2, 42a; 20, 32.

<sup>15</sup> Cf. Hch 20, 25.38.

<sup>16</sup> Hch 8, 16s; 10, 47; 19, 2-6.

<sup>17</sup> Lc 4, 1.14; Hch 1, 2; 8, 29.39; 9, 31; 10, 19.21.44.45.47; 11, 12.15; 13, 2.4.52; 15, 8.28; 16, 6s; 20, 23; 21, 4.11).

<sup>18</sup> Hch 5, 3.9.32; 13, 2.4; 15, 28.

<sup>19</sup> Lc 5, 1-11; 6, 13.

ción (Hch 1, 21s). Por ello Pablo no es considerado como tal en *Hechos*, aunque él se tiene como apóstol de acuerdo con la concepción de la iglesia primitiva, que sólo exigía para serlo el ser testigo de la resurrección. Al grupo de los doce apóstoles envía en misión Jesús y les enseña de forma especial. Las apariciones del Resucitado se centran en ellos, que quedan así convertidos en testigos especiales de la resurrección y en el núcleo que aglutinará a los demás testigos<sup>20</sup>. En Hch se plantea la necesidad de elegir otro apóstol para ocupar el lugar de Judas, pues *es necesario*, según el plan de Dios, que se reconstruya el núcleo inicial de doce apóstoles como testigos de la resurrección (Hch 1, 15-26), y sobre este núcleo viene el Espíritu en Pentecostés. De esta forma son ellos los animadores del testimonio, movidos por el Espíritu Santo, junto con toda la comunidad.

Para evitar que se entienda el relieve dado a los doce en el sentido de que sólo ellos tienen la exclusiva de la misión, Lc narra la misión de los setenta y dos (Lc 10, 1-24), tipo de la misión universal de todos los cristianos, para dejar claro que toda la Iglesia es enviada como testigo.

*Camino actual*: En el camino cada generación tiene su tarea concreta en su hoy. Lo tuvo Juan Bautista, Jesús, la primera generación cristiana. Por ello Hch narra el testimonio que dieron dos sectores importantes de la primera generación cristiana, la Iglesia de Jerusalén con Pedro y los doce, y el que dio Pablo, creador de la Iglesia de los destinatarios. Supieron cumplir con su tarea en su tiempo: el relato de la Iglesia de Jerusalén y Pedro termina con la persecución y huida de éste (Hch 12, 1-17), el de Pablo acaba con su prisión en Roma (28, 30s). Un final feliz a la luz de Lc 6, 22: «Bienaventurados seréis cuando os excomulguen y maldigan...» Ahora toca a la presente generación, que anda desconcertada sin descubrir el sentido que tiene el prolongarse la venida de Jesús: existe una historia de la Iglesia, en la que el Señor resucitado sigue ofreciendo la salvación por medio de su Espíritu en la Iglesia, pueblo de profetas-testigos. Lc-Hch les invita a asumir sus responsabilidades en su presente. De aquí la tendencia a subrayar la importancia del presente y de la constancia, pues, para llegar a la meta del camino, es necesaria la constancia en llevar a la práctica la palabra, hay que tomar la cruz *cada día*, hay que *perseverar* en las diversas manifestaciones de la vida cristiana<sup>21</sup>.

##### 5. El tema del Espíritu a lo largo de Lc-Hch.

A lo largo del camino de Jesús y de la Iglesia el Espíritu aparece con la doble misión de ungir profetas y garantizar el camino de Jesús y de la Iglesia.

<sup>20</sup> Lc 24, 36-49; Hch 1, 3-11.

<sup>21</sup> Lc 8, 15; 9, 23; Hch 1, 14; 2, 42.

A. *Camino de Jesús*: En el evangelio se alude 19 veces al Espíritu, entre ellas varias con relación a Jesús.

1) *El Espíritu Santo en la encarnación* (Lc 1, 35). Lc presenta a Jesús como Mesías-Hijo desde el primer momento de su existencia humana. En el relato de la anunciación a María se le anuncia que el Espíritu Santo creará la humanidad de Jesús y que *por eso* el que va a nacer *será Santo, Hijo de Dios*, es decir, será el Mesías-Rey, hijo de David, vinculado a Dios de una manera única, a la altura del Dios santo. Esta es la *unción* básica de Jesús. El Espíritu, pues, está en el comienzo de su existencia humana, capacitando su humanidad para formar parte de la persona del Hijo de Dios y para realizar la misión a la que ha sido destinada. Toda su existencia se desarrollará bajo el signo del Espíritu, pero Lc no presenta a Jesús como una persona extática, poseída del Espíritu de tal forma que pierde su libertad propia, viviendo una existencia lejos de los hombres y anormal. Vivió una existencia como la de todos los hombres y solidario con ellos.

2) *Espíritu Santo en el bautismo de Jesús* (Lc 3, 21). Según el kerygma de la Iglesia primitiva<sup>22</sup>, Jesús fue ungido con el poder del Espíritu Santo en el contexto del bautismo. Ya poseía una gracia radical del Espíritu que le capacitaba para su misión, pero en el momento de comenzarla, esta gracia se actualiza para la tarea que va a realizar en su ministerio público. Lc lo presenta de una forma original. Tanto Mc como Mt, sugieren que el bautismo de Jesús fue individual; Lc no. Para él Jesús recibió el bautismo en medio de un grupo de pecadores que se acercaron confesando su pecado. Jesús no tiene conciencia de pecado, pero realiza un gesto de solidaridad con los pecadores, como Siervo de Yahweh y Cordero de Dios que echa sobre sí el pecado del mundo. Vive este gesto en oración, es decir, estando Jesús en contexto de fraternidad y filiación, tuvo una experiencia de cómo el Padre le unge con su Espíritu como profeta. Todos los que intervienen en el camino histórico-salvífico necesitan ser profetas, por eso Jesús comienza su camino con su unción como profeta, pero con un profetismo especial, el del Siervo de Yahweh<sup>23</sup>.

3) *Conducido por el Espíritu al desierto de la prueba* (Lc 4, 1-13). Es interesante constatar que lo primero que hace el Espíritu es conducir a Jesús a discernir en su conciencia humana y experimental el modo de su misión, es decir, aclararse sobre todo lo que significa llevar a cabo la misión en la línea del Siervo solidario y sufriente: ha de realizarla identificándose totalmente con la voluntad del Padre y en pleno abandono en sus manos y en plena solidaridad con los hombres, sus hermanos. Esto significa, por una parte, realizar fielmente la voluntad del Padre, asumiendo todos los riesgos que sean necesarios, con plena

<sup>22</sup> Cf. Hch 10, 38.

<sup>23</sup> Cf. Is 42, 1.

confianza en el Padre que le envía y que le sacará de las pruebas, si lo ve conveniente, pues el autor de la palabra-envío es todopoderoso, es el mismo que ha creado el pan con su palabra. Significa, por otra, rechazar todo tipo de tentación a Dios, asumiendo riesgos no queridos por él sino inspirados en una visión triunfalista de la misión. Significa finalmente rechazar todo servicio a los poderes satánicos –dinero, poder humano– como medios para realizar la misión. Solo vivirá para servir y adorar al Padre. Jesús, por ello, bajo el impulso del Espíritu –dos veces se le nombra– decide realizar su ministerio en plena encarnación-solidaridad, confiando plenamente en su Padre y apoyándose sólo en el poder del Espíritu.

4) *El Espíritu en la actividad mesiánica.* Se esperarían más datos sobre la presencia del Espíritu en el ministerio de Jesús, pero realmente no son necesarios. Lucas se contenta con señalar en tres textos la orientación que tiene el ministerio de Jesús: qué es lo que hace y con qué disposición de ánimo lo hace.

El primer y segundo texto están íntimamente unidos: hablan de la ida de Jesús a Galilea para comenzar el ministerio y de cómo lo inaugura en Nazaret (4, 14-28). Jesús va a Galilea *impulsado por el Espíritu* (4, 14) y enseña en las sinagogas. Comienza en la sinagoga de Nazaret, en la que proclama y explicita la unción que tuvo lugar en su bautismo y explica el objetivo de su misión: citando Is 61, 1-2, se presenta como el ungido del Espíritu y el enviado a una misión de liberación que se resume en proclamar el *año jubilar, año de gracia*, que significa liberación total, de los pecados y de todas las ataduras que producen. El término *liberación, ἀφεσις*, que emplea dos veces, está cargado de un hondo sentido, designando el perdón de los pecados y la liberación de todas las ataduras y esclavitudes que crea el pecado.

El tercer texto (Lc 10, 21) en que se cita el Espíritu, aparece en el contexto del regreso de la misión de los setenta y dos: «en aquella hora se llenó Jesús de alegría por el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito...» La misión se está desarrollando de forma poco halagüeña, humanamente hablando. El mundo del poder religioso, cultural, político y económico la rechazan; sólo oyen y siguen a Jesús la gente sencilla. Pero esto no deprime a Jesús, porque ve en ello un designio del Padre, que acepta y agradece con la alegría que crea el Espíritu Santo.

Lc ya no dice más sobre el Espíritu. Con este estado de ánimo Jesús vivió su aparente fracaso humano y llegó a la cruz, confiando su espíritu al Padre en un último acto de confianza filial (Lc 23, 46).

5) Lc también recuerda tres *enseñanzas* de Jesús a sus discípulos sobre el Espíritu, en las que alude a tres aspectos de la vida cristiana: acogida de la fe, la oración y el apostolado.

La oración siempre será oída, pues el Padre dará siempre el Espíritu que capacitará para afrontar los problemas: «Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Lc 11, 23).

El pecado contra el Espíritu, es decir, contra la obra reveladora del Espíritu, no se perdona, pues implica cerrarse al proceso de conversión, necesario para el perdón: «a todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará» (Lc 12, 10).

Asistencia del Espíritu a los discípulos perseguidos: «porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir» (Lc 12, 12).

6) *Jesús resucitado promete el Espíritu a los discípulos en función de su testimonio*<sup>24</sup>. Jesús determina la misión de la Iglesia, pueblo de testigos-profetas, y en función de ello les promete su Espíritu.

B. *Camino de la Iglesia:* Hch da mucha importancia a la presencia del Espíritu Santo en el camino de la Iglesia –se le cita 58 veces–, haciendo de ella un pueblo de profetas, asistiendo a los apóstoles en la tarea del testimonio y garantizando los pasos que van dando. En dos grandes bloques divide Hch el testimonio de la primera generación cristiana, el testimonio de los doce y de Jerusalén (1-12) y el testimonio de Pablo (13-28).

*El testimonio de Jerusalén y los doce:* El cap. 1 de Hch juega el papel de nexo entre el camino de Jesús, expuesto en el evangelio, y el de la Iglesia. En él se alude varias veces al Espíritu, en un resumen inicial de la actividad de Jesús, en el que destaca que eligió a los doce bajo el impulso del Espíritu (1, 2); por dos veces Jesús resucitado promete el Espíritu a los apóstoles: en la primera les anuncia que recibirán el bautismo del Espíritu (1, 5), en la segunda Jesús asigna a su Iglesia una tarea concreta, *ser sus testigos* en todo el mundo: *Jerusalén, Judea, Samaría y hasta el confín de la tierra*, y para ello les anuncia su Espíritu (1, 8).

Finalmente, en el discurso de Pedro proponiendo la elección de un sustituto de Judas (1, 16), se presenta la obra de Judas como anunciada por el Espíritu en la Escritura y, por ello, dentro del plan de Dios.

En Pentecostés los apóstoles quedan llenos del Espíritu Santo (2, 4) y comienzan a hablar solemnemente. La glosolalía es una alabanza especial a Dios y constituye la primera forma de dar testimonio que realiza la Iglesia naciente. Pedro explica que lo sucedido es cumplimiento del pueblo de profetas anunciado por el profeta Joel (2, 17s) y que este don del Espíritu lo da el Padre por Jesús resucitado (2, 33) a todo el que se convierta y se bautice (2, 38).

<sup>24</sup> Lc 24, 48ss; Hch 1, 8.

A continuación (capítulos 3-5) se ofrece un ejemplo del testimonio profético de Pedro y los doce con la Iglesia de Jerusalén. Pedro y Juan curan a un tullido en el nombre de Jesús resucitado. Por actuar en este nombre le persiguen y tienen que comparecer ante el sanedrín, pero el Pedro, lleno del Espíritu Santo (4, 8), les habla con valentía proclamando la muerte y resurrección de Jesús. Los sanedritas les dejan libres, pero prohibiéndoles hablar. Ellos sin embargo oran con la comunidad, pidiendo valentía para hablar, y se renueva la gracia de Pentecostés (4, 31): retendió el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía. Porque desobedecen al sanedrín, Pedro y Juan tienen que comparecer de nuevo ante él y Pedro repite su testimonio, que lo es del Espíritu: «Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen» (5, 32). El Espíritu aparece además asistiendo a los apóstoles en la tarea de discernir y gobernar la comunidad, desenmascarando el engaño de Ananías y Safira (5, 3.9).

Después de narrar cómo se daba testimonio en Jerusalén, Hch presenta un sector importante de la comunidad de Jerusalén, los cristianos helenistas, gente abierta y de espíritu misionero, que serán los que lleven a cabo la misión entre los gentiles. Primero aparecen los apóstoles como apostolado fontal, creando nuevos ministerios necesarios para la comunidad (6, 1ss). En la elección de los siete helenistas piden a la comunidad que ofrezcan candidatos y ponen como condición que sean varones llenos de Espíritu Santo (6, 3). «Pareció bien la propuesta a toda la asamblea y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo» (6, 5). Este Esteban actúa bajo el Espíritu (6, 10), dando testimonio hasta la muerte (7, 55). Así, en contexto de una persecución que obliga a los cristianos a dispersarse fuera de la ciudad, acaba el relato del testimonio dentro de Jerusalén.

Pero los testigos dispersados, en su caminar siguen dando testimonio y se va cumpliendo el mandato de Jesús: testigos en Jerusalén, Judea, Samaría... Se nos narra ahora la obra de otro helenista, Felipe. Evangeliza Samaría, tierra de judíos heterodoxos; los samaritanos se convierten y bautizan, pero falta algo: los apóstoles Pedro y Juan vienen desde Jerusalén y les imponen las manos para que reciban el Espíritu Santo, con lo que llega a su consumación el proceso de conversión (8, 15.17). Simón Mago intenta comprar el poder de dar el Espíritu, pero es rechazado, porque el Espíritu es un don gratuito (8, 18.19).

De la mano de Felipe la evangelización da otro paso: se ofrece a un judío por adopción, el eunuco etíope. Es el Espíritu el que tiene la iniciativa y dirige el proceso que realiza Felipe (8, 29.39).

Lucas, como buen historiador, quiere ahora ofrecernos otra de las premisas que explicarán la evangelización de los gentiles: Saulo. Narra su conversión y el

encargo que dio el Señor a Ananías para que le bautizase e impusiese las manos para que recibiese el Espíritu (9, 17).

Sigue otra premisa importante, ahora de tipo teológico: solucionar el problema de la admisión de los gentiles ¡impuros según el AT! en la comunidad cristiana ¿Se les puede admitir directamente en la comunidad o previamente deben dejar de ser impuros, haciéndose judíos? En la solución está presente el Espíritu de una forma especial. En un sumario inicial (9, 31) Hch presenta una panorámica de la Iglesia, establecida ya en toda Judea, Galilea y Samaria: «se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo». Es el Espíritu el que dice a Pedro que vaya a casa de Cornelio (10, 19). Cuando llega a casa de Cornelio y anuncia a Jesús, irrumpe el Espíritu Santo (10, 44). «Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles» (10, 45). Pedro interviene (10, 47): «¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?» La Iglesia de Jerusalén pide cuentas a Pedro de lo hecho y lo justifica a base de esta intervención del Espíritu (11, 12.15.16).

Termina la primera parte de Hch con la presentación de la gran iglesia misionera de Antioquía que organizará la misión de Pablo a los gentiles. Es la última de las premisas. Aquí de nuevo está presente el Espíritu Santo. En Antioquía se predica por vez primera a los gentiles y nace la primera comunidad cristiana mixta. La Iglesia de Jerusalén envía a Bernabé para discernir la legitimidad de lo que se ha hecho. Ve lo sucedido y lo aprueba, al ver los signos de la gracia de Dios, y es que «era un hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe» (11, 24). Más adelante (11, 28) un profeta, *movido por el Espíritu*, profetiza un período de hambre en Judea, lo que provoca que la Iglesia de Antioquía organice una colecta para socorrer a los hermanos de Judea.

#### *Camino de la Iglesia con Paulo.*

Es el Espíritu el que tiene la iniciativa de la misión que organiza la Iglesia de Antioquía (13, 2.4). Bernabé, Saulo y Juan Marcos, *enviados por el Espíritu Santo*, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta Chipre. No sólo los envía, sino que les asiste durante el viaje: ayuda a Pablo a realizar un signo para acabar con la resistencia del mago Elimas (13, 9); anima y fortalece a la recién nacida comunidad de Antioquía de Pisidia, que tiene que experimentar la persecución, pero «los discípulos quedaron llenos de gozo y del Espíritu» (13, 52).

Como consecuencia de este primer viaje se suscita el problema de la circuncisión de los gentiles, que se discute en la reunión de Jerusalén. Tiene lugar una larga deliberación. Uno de los argumentos aportados por Pedro es la experiencia que tuvo en la conversión de Cornelio: «Y Dios, conocedor de los

corazones, dio testimonio en su favor (de los gentiles) comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros» (15, 8). Pablo y Bernabé por su parte aporta los signos que realizaron durante el viaje, en los que ven una confirmación divina de su proceder (15, 12). Todos son conscientes de que el Espíritu ha dirigido la discusión. Por eso en la carta final presentan las decisiones como del Espíritu Santo y de ellos (15, 28).

En su segundo viaje el Espíritu encamina a Pablo hacia Europa. También aquí se interpretan los obstáculos que encuentra Pablo como voz del Espíritu, que así dirige el camino hacia Europa (16, 6.7).

En el tercer viaje, centrado en Éfeso, se narra el Pentecostés de la comunidad (19, 2.6) y, al final de este viaje, se despide de los responsables de la comunidad de Éfeso reunidos en Mileto, recordando a los responsables que «han sido puestos por el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (20, 28) y les manifiesta su intención de ir a Jerusalén, en donde le aguarda la prisión, según le está anunciando el Espíritu Santo (20, 23). En el camino hacia Jerusalén de nuevo le recuerda el Espíritu que le aguarda la prisión, pero él continúa, deseando consumir la tarea que le ha encomendado el Señor Jesús (20, 24). Cuando al final llega a Roma prisionero, Pablo convoca a la comunidad judía, que no acepta su testimonio. Pablo interpreta este rechazo dentro del plan de Dios, anunciado por el Espíritu (28, 25).

En resumen, se alude brevemente a la obra del Espíritu en Jesús, recordando que fue ungido por el Espíritu (10, 38) y destacando entre toda su actuación que eligió a los apóstoles bajo la acción del Espíritu (1, 2); para dar testimonio profético es necesario el Espíritu Santo (1, 5.8). El Espíritu es necesario para toda comunidad y persona que tiene su propio «Pentecostés»: Jerusalén, Samaritanos, Saulo, el pagano Cornelio, Éfeso<sup>25</sup>. Esta donación del Espíritu se presenta como cumplimiento del pueblo de profetas anunciado por Joel (2, 17.18); el donante es el Padre por medio de Jesús resucitado (2, 33); se ofrece a todos gratuitamente (8, 18.19), mediante la conversión, el bautismo y el perdón de los pecados (2, 38); es una gracia que se renueva y capacita para dar testimonio con valentía (4, 31).

Su acción se concreta en asistir a los que dan testimonio, dando testimonio junto con ellos<sup>26</sup>; en asistir a los apóstoles y responsables en la tarea de discernir y gobernar la comunidad (5, 3.9; 11, 24); en establecer *vigilantes* (*episkopoi*) para apacentar las comunidades (20, 28); en la elección de los siete helenistas en la que se pone como condición presentar candidatos llenos del Espíritu Santo (6,

<sup>25</sup> Hch 2, 4; 8, 15.17; 9, 17; 10, 44ss; 19, 2.6.

<sup>26</sup> Hch 4, 8; 6, 10; 7, 55; 13, 9; 5, 32.

3.5); en consolar a las iglesias con milagros que confirman la presencia de Dios (9, 31) y dar alegría a los creyentes, incluso en medio de la persecución (13, 52); en la ayuda en las cuestiones difíciles, como conversión del eunuco etíope (8, 28.39), del pagano Cornelio (siete veces se le nombra en este relato)<sup>27</sup>; en la reunión de Jerusalén sobre la postura que hay que tomar con los gentiles convertidos (15, 28); en anunciar el futuro por medio de profetas (11, 28; 20, 23).

Es el Espíritu el que tiene la iniciativa de la misión a los gentiles que organiza la Iglesia de Antioquía (13, 2.4) y el que dirige las rutas de Pablo (16, 6.7). Del Espíritu se dice que inspira la Escritura y habla por ella; por eso, desobedecer la Escritura es resistir al Espíritu<sup>28</sup>.

Para Lc-Hch, pues, Jesús es el «Señor del Espíritu»: lo posee en plenitud desde el comienzo y lo da a la comunidad<sup>29</sup>, pero se distingue bien entre acción salvífica de Jesús y acción del Espíritu: sólo Cristo da la salvación, es decir, obra *exorcismos* y *curaciones*; el Espíritu, por su parte, es esencialmente el don profético en la línea del AT: empuja, testimonia, anima, confirma, guía la acción misionera de los discípulos.

#### 6. El Espíritu actúa por los apóstoles en la Iglesia.

En la teología de Lc-Hch aparece el relato sobre la Iglesia en la misma línea y como continuación del relato de Jesús; por otra parte Espíritu Santo y apóstoles actúan en plena armonía, no hay oposición entre la actuación libre de Dios y la actuación de los doce y sus colaboradores, aunque ésta está al servicio de aquélla. Esto aparece en variadas ocasiones. Así en la conversión de Saulo la iniciativa y acción decisiva la tiene el Señor resucitado que sale al encuentro del perseguidor, pero su acción se completa por medio de Ananías. En la conversión de Cornelio la iniciativa y acción decisiva la tiene Dios, pero se sirve de Pedro para llevarla a cabo.

Esta presentación teológica provocó en algunos sectores exegéticos una reacción contraria a la teología lucana, tachándola de antipaulina, decadente y clasificándola entre los escritos *protocatólicos* del NT<sup>30</sup>. El término *protocatolicismo* (Urkatholizismus) se acuñó en Alemania para referirse a la aparición de los primeros rasgos que con el paso del tiempo darían lugar al catolicismo, entendido como forma de cristianismo que atribuye carácter de mediación salvadora a una

<sup>27</sup> Hch 9.44, 45.47; 11, 12.15.16; cf. 15, 8.

<sup>28</sup> 1, 16; 4, 25; 7, 51; 21, 4.11; 28, 25.

<sup>29</sup> Lc 1, 35; 24, 49; Hch 2, 33.

<sup>30</sup> Cf. PH. VIELHAUER, *Historia de la literatura cristiana primitiva. Introducción al Nuevo Testamento, los apócrifos y los padres apostólicos*, Salamanca 1991; H. CONZELMANN, *El centro del tiempo. Estudio de la teología de Lucas*, Madrid 1974, autores que han contribuido mucho a un mejor conocimiento de esta teología.

serie de realidades creadas, especialmente a los ministerios y los sacramentos. El término se emplea como contrario a protestantismo o forma de cristianismo que niega tal valor salvador a realidades humanas. De hecho el uso que se hace del término es ambiguo y se emplea con diversos sentidos. Uno de ellos es el hablar de escritos protocatólicos, en los que ya aparece claramente esta tendencia, como en Efesios, las Pastorales y nuestra obra en cuestión, Lc-Hch. Con relación a Lc-Hch el contenido *protocatólico*, entendido en este sentido, está claro, pero su valoración depende de los *a priori* teológicos desde los que se haga el juicio. Si se hace desde los *a priori* católicos, como los expuso últimamente la constitución *Dei Verbum*, del Vaticano II, se trata de una teología inspirada, igual que la de los demás libros del NT y que debe compaginarse e integrarse con toda la teología del NT.

Para Lc-Hch, pues, el Espíritu está presente en la Iglesia, la anima y la dirige. Lc-Hch no quiere divinizar personas ni estructuras ni las presenta como directamente salvadoras, pues el único Salvador y Señor es Jesús. Ciertamente la Iglesia está compuesta de personas limitadas que realizan acciones limitadas, pero el Espíritu las hace *capaces Dei* e instrumentos de la salvación de Dios por Jesucristo, único mediador. No que el Espíritu limite su acción a los confines de la Iglesia, pues actúa en todas partes la salvación de formas sorprendentes, pero ha hecho de la Iglesia histórica lugar privilegiado de salvación.

Por último es interesante constatar que esta teología lucana es fruto de la convicción que vive su Iglesia de la presencia del Espíritu Santo en medio de ellos, a pesar de sus limitaciones y pobreza. En Hch 15, 28 afirman los reunidos en Jerusalén que «ha parecido al Espíritu Santos y a nosotros...» ¿De dónde lo saben que el Espíritu habla así? El contexto no habla de ninguna revelación especial, sino de una reunión de los apóstoles y presbíteros para examinar el asunto y después de una larga deliberación (15, 6) se llegó a esta conclusión. La afirmación procede de la convicción que tienen los reunidos de que el Espíritu les asiste en su tarea. Esta misma convicción aparece en otros lugares de Hch; en 16, 6ss se lee: «atravesada la Frigia y el país de Galacia, el Espíritu Santo les prohibió [a Pablo y compañeros] predicar en Asia. Llegaron a Misia e intentaron dirigirse a Bitinia, pero tampoco se lo permitió el Espíritu de Jesús». ¿Cómo manifestó el Espíritu su voluntad? ¿No provendrá esta afirmación de una relectura del viaje a la luz de la convicción de que el Espíritu Santo guía el camino? La obra de Lucas es testigo de cristianos conscientes de la presencia del Espíritu en su misión; por ello hacen una relectura pneumatológica de su experiencia, iluminada por las promesas del AT, que anunciaban la presencia especial del Espíritu Santo en los tiempos mesiánicos y escatológicos, y por la obra de Jesús, a quien reconocen Mesías, Señor y dador del Espíritu.

De esta forma Lc-Hch ofrece una visión eminentemente profética del Espíritu Santo en función de una iglesia que tiene que revivir su vocación misionera.

## LA «REVELACIÓN» DE LOS ESPÍRITUS: HISTORIA<sup>1</sup>

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ NOGALES

Dada la popularidad que algunos fenómenos «espiritistas», tales como los juegos con la «oui-ja» o la obtención de psicofonías, han adquirido en medios populares, especialmente entre adolescentes y jóvenes –sin que falten grupos de personas adultas e incluso mayores–, desde varias instituciones se me ha solicitado orientación dirigida especialmente a los educadores en torno a este movimiento «religioso». Lo haré desde las páginas de nuestra revista poniendo al alcance de un número mayor de personas lo escrito más extensamente en mi libro recién publicado *La nostalgia del Eterno*.

### 1. Antecedentes: el proto-espiritismo de Swedenborg y Mesmer

El espiritismo nació como un derivado del racionalismo del siglo XVIII, contra la obsesión dualista que ponía de un lado el espíritu y de otro la materia. Lo espiritual sufrió las burlas de los ilustrados; lo importante era la materia en su fenomenicidad, lo palpable y mensurable, y la razón o instrumento de medida de

<sup>1</sup> Cf. A. KARDEC, *El libro de los espíritus*, ed. facsímil, Barcelona 1990; A. KARDEC, *El libro de los médiums*, Barcelona 1994<sup>2</sup>; A. ESPAÑOL CRESPO, *Iniciación al espiritismo*, Madrid 1988; R. LADOUS, *El espiritismo*, Bilbao 1992; J. M. PILÓN VALERO DE BERNABÉ, *Ocultismo y espiritismo*, en J. GARCÍA HERNANDO (ed), *Pluralismo religioso II. Sectas y nuevos movimientos religiosos*, Barcelona 1993<sup>2</sup>, 789-814; IDEM, *El espiritismo: Biblia y Fe* 66 (1996) 52-67; M. INTROVIGNE, *Il cappello del mago. I nuovi movimenti magici. Dallo spiritismo al satanismo*, Milano 1990, 47-90; M. GUERRA GÓMEZ, *Los nuevos movimientos religiosos. Sectas*, Pamplona 1993, 357-378; JOSÉ L. SÁNCHEZ NOGALES, *La nostalgia del Eterno. Sectas y religiosidad alternativa*, Madrid 1997, 167-238; R. GUENON, *L'erreur spirite*, Paris 1984<sup>2</sup>; C. M. HEREDIA, *Los fraudes espiritistas y los fenómenos metapsíquicos*, I y II, Buenos Aires 1946; J. VERNETTE, *Ocultismo, magia, hechicerías*, Madrid 1992, 77-101; M. SCHOLTEN, *El espiritismo*, Barcelona 1992; J. PRIEUR, *L'Europe des médiums et des initiés*, Paris 1987; S. Y CH. GROF, *Más allá de la muerte*, Madrid 1990; RELIGIONI E SËTTE, *Comunicazioni con l'aldilà: Religioni e Sètte* 3 (1995); O. GONZALEZ QUEVEDO, *El rostro oculto de la mente*, Santander 1980<sup>4</sup>; IDEM, *Las fuerzas físicas de la mente*, I y II, Santander 1971, ambos libros son explicaciones de tipo parapsicológico de fenómenos espiritistas; en la misma línea W. KELLER, *Ayer era milagro*, Barcelona 1974, 73-222; A. PORCARELLI, *I «fondamenti» teorici dello spiritismo e le inquietudini della cultura di oggi: Divus Thomas* 4 (1993) 66-103.